

VIVENCIAS DE OCHO DÍAS



AUTOR: ANTONIO BARRIENTOS PÉREZ (CEUTA)

PROCEDENCIA: TERCER PREMIO DEL II CONCURSO DE RELATOS CORTOS
“AULACE-FORO FARO CEUTA”

GÉNERO: RELATO CORTO

Una historia, cualquier historia, llámese narración, novela o lo que sea, tiene, normalmente, un principio y un desenlace o final... Bueno, alguna he leído cuyo fin ha brillado por no serlo: bien a causa del fallecimiento del autor o a que éste se le ha ido la gana o el interés de concluirla o no ha querido o sabido hacerlo. No pongo ejemplos. ¿Para qué? Esta que sigue tiene su particularidad. Juzguen.

Todo fue así.

Viernes

“Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete, y mesetilla; uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete, y casapuerta”. Esto pensaba. Lo hacía todos los viernes cuando bajaba, a eso de las tres y media de la tarde, de la oficina. Así se despedía hasta el lunes siguiente. Luego, antes de salir a la calle, ya en voz alta:

-Hasta el lunes, Ramírez.

Perico Ramírez, el conserje-vigilante, casi siempre sentado en una silla, de una mesa que tenía asignada y situada en el amplio zaguán (el decía “sanjuán”), saludándole a estilo militar, con la mano derecha tocando el filo de su gorra, le contestaba casi siempre:

-Hasta más vernos, don Frasquito.

Curioso este personaje y su forma de expresarse. Por más que le había dicho y repetido que se llamaba Fadrique, seguía insistiendo en lo de Frasquito. Ya había dejado de decirle nada al respecto. ¿Para qué? Tiempo perdido. Su “hasta más vernos” era la forma más cómoda de evitarse un error en el día de la semana. Bueno, esto creía y pensaba él. Si no, cómo explicarse. Con respecto a su nombre, comprendía que no era muy usual: al menos eso opinaba. Y mira que había visto interminable lista de nombres raros y más que raros en su trabajo de oficinista... Fue un capricho de su madre. Su padre de él tenía un tío llamado Federico y se empeñó en que ése debía ser su nombre; pero ella dijo nones, que era un hombre engreído, antipático y avaro, y que no pensaba ponérselo a su hijo. No obstante, alguien, un conocido, enterado del asunto, dijo que por qué no bautizaban al niño con el nombre de Fadrique. Era lo mismo, y nadie se disgustaba. Y así quedó la cosa.

Como era viernes, salía a las tres y media; los días restantes, a las dos. Claro que era preferible, porque así no tenía que venir el sábado, y dos días seguidos –sábado y domingo– eran una buena recompensa como descanso de números y letras. Eso, sí, era el primero en salir: Sus otros compañeros, Marujita, Esperanza, Victoria y José, puede que por estar más lejos de la salida o por ser más lentos, tardaban algunos minutos más. Fadrique, a poder ser, no regalaba un segundo a su centro de trabajo. Era su norma: a cada cual lo suyo. El último en salir, por supuesto, era don Luis, el jefe de oficina. Luego, Ramírez, el conserje, echaba un vistazo para ver si todo quedaba en orden y, con una enorme llave de hierro, cerraba la puerta y marchaba a su casa que estaba situada en la misma calle no más de cien metros de distancia.

Fadrique, como siempre, tomó la dirección rutinaria: su calle de oficina, del Salvador, que hacía una chispita de cuesta arriba hacia donde él se dirigía, la calle del Blanco –vaya usted a saber el por qué de ese nombre– y llegaba a la plaza del Cortejo, que se llamaba así –eso se lo había contado Perico– por ser tiempos pretéritos el lugar en donde se despedían los entierros. Ya en la plaza, se dirigió a la taberna de Jiménez. Allí le esperaba su amigo Juanito, empleado del juzgado. Sólo bebían los viernes, y dos copas de vino del país, casi mosto: un viernes pagaba Fadrique, y otro, su amigo. Todo ello por mor de que, al salir más tarde, ese día no podían coger la camioneta de las tres y tenían que aguardar una hora para coger la siguiente, la de las cuatro, rumbo a la capital, a una hora escasa de trayecto. Siempre tomaban lo mismo, con tapas de “pajaritos verdes”; es decir, pimientos verdes fritos. En caso de no haberlos, tomaban calabacín frito en rodajas. Había otras tapas; pero ellos insistían en las mismas. La verdad es que, lo uno o lo otro, o es que estaban muy buenos o es que a esa hora tenían “las caninas abiertas”, como decía su amigo. Siempre igual.

Charlando de nada y de menos dieron las cuatro menos diez. Pagaron y, cruzando al otro lado de la plaza, llegaron a la oficina de la empresa de viajeros. Juanito, como Fadrique, marchaba igualmente a la capital. Su amistad venía de viajar juntos. Fueron a entrar para comprar los billetes. De pronto, sin venir a cuento, se sintió empujado fuertemente por su amigo.

-¿Qué haces, Juan? ¿Estás loco o qué?

Juanito no le respondió. Entonces, por la mirada de su amigo, medio entendió el asunto: un guardia civil, de pie, con un fusil a ras del pecho, apuntaba aun hombre que, esposado,

estaba sentado en el banco de la oficina, junto a otro guardia que, también sentado a su izquierda, pero como a medio metro, mirándolo atentamente, aunque de soslayo.

-Es que me han empujado a mí... y yo, de rebote, te he dado –y en voz muy baja-. Ha sido el guardia... Perdona.

-Hagan el favor de separarse –dijo de forma educada pero firme el guardia que apuntaba al hombre-. No se le acerquen.

Fadrique se dirigió a la ventanilla. Tras ella, el expendedor de billetes del autobús, Tino (Celestino era su nombre completo), al verle, le hizo con los ojos señas de que no dijera o preguntara nada que tuviera que ver con lo que allí ocurría. Se limitó a cobrarle el billete y a hacerle, con el dedo índice y corazón de su mano izquierda, señas de que ya le contaría. Después:

-Buen viaje, amigo. Hasta el lunes.

Exacta o casi exactamente lo mismo hizo con el oficinista del juzgado.

A poco, subieron al autobús y marcharon. Durante los primeros minutos estuvieron callados, sin saber qué decir. Más tarde, comenzaron a hacer conjeturas sobre lo sucedido; pero, y en eso coincidían, no acertaban a explicarse lo ocurrido en la oficina de viajes. El primero en hablar fue Juanito.

-No sé si te fijaste bien, pero el esposado aparentaba tener por lo menos sesenta años, y era endeble y miope, tenía gruesos cristales en las gafas; el pelo, prácticamente blanco y muy pelado, como de haberlo tenido al cero. Tenía, además, pinta de poquita cosa... Me parece excesiva la vigilancia a que estaba sometido. En fin, cosas.

Junto a una ventana del vehículo –fue el primero en subir y sentarse-, Fadrique, pensando un poquillo, añadió:

-No me fijé yo en tanto; sí en que tenía una chaqueta gris no muy nueva y que llevaba babuchas, y poco más.

-¿Babuchas?-preguntó, extrañado Juan.

-Bueno, alpargatas o algo así...

-Ah, me extrañaba -dijo el otro,

-Bueno, sea lo que sea, el lunes no enteraremos. Ya Tino nos lo contará según las señas que me hizo.

-A mí, también. Pero el lunes no será posible, ni el martes, ni el miércoles; tengo esos tres días de permiso para llevar a mi mujer al médico: no se encuentra bien del todo...

-Eso no nos ocurre a los solteros. Ventajillas –y volviendo a lo mismo-. ¿Pero que harían en la oficina del autobús los dos civiles con el preso? Qué sé yo. El lunes nos..., bueno, me enteraré.

Entre silencios y algún que otro comentario sobre lo pasado, llegaron al final del recorrido y se despidieron. Vivían en sitios prácticamente opuestos.

La verdad es que apenas si comentó con su hermana Felicísima, viuda y sin hijos, y su madre, también viuda desde hacía más de veinte años, lo acaecido poco antes de subir al coche, de regreso. Ellas, sencillamente, escucharon, algo extrañadas, pero nada más. Y el sábado y el domingo pasaron como siempre: pasear junto al río, jugar unas partidas de dominó en pareja, echarse unas buenas siestas, acompañar –lo hacía desde que murió su padre-, el domingo a las diez, a su madre a misa, oír por la radio los resultados de los partidos de fútbol, comprobar su quiniela y poco más. Bueno, sí, comprar y leer el periódico local, de cabo a rabo. Eso, únicamente, el domingo; lo otros días, nada de lectura; radio, y bastaba.

Lunes

Durmió bien la noche del domingo, y eso que, después de la cena –casi siempre tortilla de un huevo o algo de pescado (carne, nunca, de noche) y sopas o gazpacho, y alguna fruta, por ese típico orden-, tomó su *cafelito* no muy cargado. El lunes, a las ocho menos cuarto en punto, tomó, como siempre, la camioneta. A las nueve menos cinco estaba en la puerta de la oficina, y un par de minutos antes de las nueve, Ramírez abría las puertas. A empezar la jornada. Hasta las dos.

Hablando, como es normal, con sus compañeros de oficio, se comentó algo de lo acaecido el viernes pasado en la oficina del autobús, pero poco prácticamente, nadie sabía nada o casi nada del asunto. Suponían, si acaso, que a lo largo de la semana podrían saber algo más. Incluso Esperanza, con un primo guardia civil, o José, con un hermano en el ayuntamiento, conocían escasa información. Sí les extrañó algo lo ocurrido a Fadrique. Eso fue todo. Si el percance hubiera sido otra jornada laborable quizá se supiese más, pero con un sábado y domingo por medio...

Supuso que Tino, el expendedor de billetes de la camioneta –a él esta palabra, que usaban muchas personas en el pueblo, le agradaba-, tuviese más información. Por ello, ese día, sin ser carrera, aligeró en cierto modo el paso a la salida. Pretendía llegar antes a ver si su amigo Celestino cumplía la llamemos “promesa” hecha por señas de contarle la historietita del viernes. Todavía recordaba el empujón de su amigo. ¡Mecachis!...

No tardaría más de ocho o nueve minutos en llegar a la parada del autocar. Pero se llevó una sorpresa: el empleado que expedía los billetes no era su amigo, sino Emilio, el otro empleado. Preguntóle por aquél. Había salido por un encargo. Volvía en seguida. En efecto, no más de cinco minutos apareció Celestino. Menos mal. Al mismo tiempo que les expendía el billete, le contó lo que sigue.

-Mira, Fernández –siempre le hablaba por su apellido-, Facundito, que tal es el nombre del viejuco (que, por cierto, no lo es tanto: pasa de los cincuenta, pero no mucho) es un

delincuente común peligrosísimo, temido por sus propios “correligionarios” (si se me permite esta palabrita) y por la propia policía. En la cárcel (de donde se ha escapado un par de veces) es respetado y temido por reclusos y vigilantes. Hace una trastada cuando menos te la piensas. Se cuenta de él que, con un lápiz bien aguzado, agredió a otro recluso, de tal forma que, clavándosele en el cuello, algo más debajo de la nuca, a punto estuvo de matarlo. Con ese aspecto de poquita cosa que tiene es una bomba. Nada le importa nada. Ni en la calle, ni en presidio. Ni su familia lo quiere con ella. Respira cuando se halla encarcelado. Menos mal que es soltero. Si no, su mujer y sus hijos hubieran estado aviados. En definitiva: es un regalito. Por eso la guardia civil lo vigilaba de aquella forma. A la mínima podía jugársela. Creo que lo llevaban, dicen, a Santoña. Vete a saber. Lo que no he llegado a saber es por qué lo trajeron aquí. Un rato después de marchar tú en el autobús, apareció un furgón policial. En él se lo llevaron. Yo respiré. ¡Uf!...

Sorprendido quedó Fadrique con la revelación dada. No obstante, *el remate de los tomates* vino al final, cuando le dijo:

-¿A qué no te fijaste lo que llevaba en la solapa izquierda de la chaquetilla?

-No. ¿Qué?

-Una medalla de aluminio de la Milagrosa, cogida con un hilo. Siempre la lleva, cuentan. Raro, ¿verdad?, en gente de esa calaña.

Martes

Nada fuera de lo normal.

Miércoles

Nada fuera de lo normal.

Jueves

Fue una jornada de trabajo normal. Ningún comentario sobre lo ocurrido. Alguno totalmente de índole baladí con respecto a asuntos vanos y, ya está. A las dos, la salida: calles del Salvador y del Blanco y plaza del Cortejo, y a coger el coche. Todo como siempre.

Casi a su par, Juanito, cuyas horas de oficina coincidían plenamente con las suyas, llegó y sacó el billete del transporte. Subieron de inmediato al autocar. Su amigo del juzgado, junto a la ventanilla; él, al pasillo; le daba igual el lugar: el paisaje no cambiaba.

-¿Te informaste ya del asunto del otro día? ¿El del codazo? Yo me he incorporado hoy al trabajo. Ayer y antier he llevado al médico a mi mujer. Parece no ser nada importante, según

el doctor. La semana que viene tienen que hacerle unas pruebas. Pediré otra vez permiso.

-Me alegro de que no sea nada –contestó Fadrique-... Sí, del asunto del viernes ya me contó la historia Tino. La vida... ¿Quién iba a suponer a aquel personajuco un matón?

-Más que un matón, un delincuente superpeligroso y sin escrúpulos... Según mis noticias, en el juzgado, se había escapado dos días antes, el miércoles, cuando una pareja de civiles lo llevaban al cuartelillo para no sé qué. El viernes por la mañana lo habían capturado merodeando, quizá en busca de comida, por el campo. ¡Menudo elemento!... Se supone que, con el fin de “despacharlo” pronto y quitárselo de encima, iban a llevarlo en el coche nuestro -¡figúrate qué compañía!-, pero, más tarde, se lo pensaron mejor y lo trasladaron en un furgón a la cárcel de la capital. De allí, supongo que en tren, a Santoña. Vamos, se dice...

Viernes

Ese día, una vez más, y como de costumbre, a la salida, el contar los escalones, y llegar hasta el bar de Jiménez a tomar con su amigo las dos copitas de vino del país con “pajaritos verdes fritos”. Pero, nada más llegar, y como a bocajarro, Juanito le dijo:

-Noticias, amigo, noticias recentísimas, y las sé buena tinta –de boca del secretario del juzgado-, el “amigo” Facundito intentó escaparse nuevamente cuando iba en el tren; al llegar a no sé cuál estación, e hizo corretear algo a sus vigilantes. Pero ya está en Santoña, creo. Veremos cuánto dura el encierro. Aunque yo supongo que esta vez no le será tan fácil jugársela a sus guardianes. Al menos, lo procurarán.

Cuando Fadrique llegó a su casa pensó no una, sino muchas, muchísimas veces:

-Con lo estafalario y ridículo que parecía el Facundito de mi alma, ¡menudo elemento!...

Aclaración final

Estos hechos acaecieron en el año de mil novecientos cincuenta y nueve, entre los viernes seis y trece de marzo, en un pueblo de la baja Andalucía cuyo nombre me reservo porque no viene al caso. Los periódicos nada dijeron. También, como es natural, ocurrieron cosas mucho peores y mejores, pero en otros lugares. Quédense esas historias dormidas, bien dormidas.